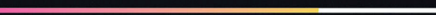




Marco Sifuentes

Diario de un podcast en cuarentena



15:03  31:06



Marco Sifuentes

LA ENCERRONA

Diario de un podcast en cuarentena

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La Encerrona
© 2020, Marco Sifuentes

Corrección de estilo:

Elizabeht Bautista

Diseño de portada:

Departamento de diseño de
Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores:

Giancarlo Salinas Naiza

Fotografía del autor:

Claudia Córdova Zignago

Derechos reservados

© 2020

Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Booket

Av. Juan de Aliaga N° 425,

of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: agosto 2020

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4181-94-8

Registro de Proyecto Editorial:
31501202000285

Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú
N° 2020-04937

Impreso en Aza Graphic Peru
S.A.C.

Av José Leal 257, Lince, Lima,
Perú

Lima - Perú, septiembre 2020

La editorial no se hace responsable por la información
brindada por el autor en este libro.

No deberías estar leyendo esto

Mil disculpas. Este no era el libro que yo iba a publicar este año. Iba a ser muy distinto a este. Otra de tantas cosas que iban a ser distintas en el 2020.

Para entender qué sucedió, acompáñeme, lector, en un viaje temporal. Retrocedamos al lejano, remoto y despreocupado mundo del 25 de enero de este año del demonio.

Era la celebración del Año Nuevo chino en Madrid, que tradicionalmente se celebra con fuegos artificiales en el parque frente a mi casa. Una amiga me dijo que la acompañara a verlos, pero me inventé una excusa —creo que fue la lluvia— para perdérmelos a propósito. Había leído algo sobre un virus de China y preferí quedarme en casa tomando algo.

Allí acaba mi recuerdo. Es mi primera memoria de todo esto. La primera aparición, en mi archivo mental, de lo que muy poco después dejaría de ser un problema asiático.

Mi siguiente recuerdo es del 16 de febrero. Lo sé porque me he hecho *fact-checking* a mí mismo. Ese día, de acuerdo con Instagram, le tomé una foto a un enorme cartel publicitario de la nueva serie de *Star Trek*, en la Gran Vía. Subí la imagen a mis

redes pensando en el futuro interestelar en que viven Picard y su flota. Ese futuro es deudor del optimismo sesentero de su creador. El racismo y el machismo se han erradicado. No existe el dinero. Predominan la ciencia y el humanismo. Es casi la letra de «Imagine»: no hay fronteras ni religiones.

Recuerdo haber pensado entonces que, en ese futuro utópico, jamás se menciona que la Tierra del siglo XXI haya atravesado una devastación climática. Con seguridad, un evento como ese —que en el año 2020 sabemos inevitable—, tendría que haber marcado de manera decisiva a la sociedad del siglo XXIV. Pero no hay rastros de que haya ocurrido alguna vez ningún desastre ambiental en el siglo XXI de *Star Trek*. «Tampoco de ningún virus de la China», se burló una voz en mi cabeza. Ese es mi segundo recuerdo. Como el primero, paranoico y prejuicioso.

Eso fue el 16 de febrero.

La pandemia llegó al Perú 19 días después. 19 aún era un número inocente. Para entonces, el 6 de marzo, solo se decía «el coronavirus».

Sin embargo, a inicios de aquel mes, ya todo había cambiado. El virus asolaba Italia. En Madrid, la comunidad china había decidido, en masa, cerrar sus bodegas por «reparaciones». Lo cierto es que estaban aterrados por la despreocupación española. La mayoría de chinos usaba mascarilla, de lo que algunos medios se burlaron.

En mi caso, mi leve paranoia y mi curiosidad *nerd* por el virus se habían ido transformando, poco a poco, hacia un estado difícil de definir: pasmado y, a la vez, frenético; paralizado por el *shock* y, al mismo tiempo, generando en mi cabeza mil escenarios de todo tipo: personales, familiares, profesionales, sociales, mundiales.

Cada día me despertaba, desayunaba, me sentaba a escribir el libro que debería haber publicado este año y, sin darme cuenta,

terminaba dedicándole cada vez menos tiempo a mi trabajo y cada vez más a consumir información sobre el coronavirus. Creo que hacia ese 6 de marzo podía sentarme delante de la laptop a las ocho de la mañana, detenerme para almorzar, volver a la laptop hasta las cinco de la tarde y descubrir que había consagrado el día entero a devorar todo tipo de información sobre el SARS, el ARN, el MERS, síntomas, complicaciones, preexistencias y pandemias en general. ¿El libro? En el mejor de los casos, había escrito un párrafo.

Me llamaron de algunos programas de televisión peruanos para preguntarme cómo estaba la cosa en España. Mi respuesta era que llevábamos dos semanas de adelanto, que había tiempo de decretar en el Perú lo que el gobierno español aún no ordenaba: una cuarentena.

En algún momento de la segunda semana de marzo decidí sincerarme y abandonar toda pretensión de que podía ocupar mi mente en algo que no fuera eso que la Organización Mundial de la Salud (OMS), por esos días, declaró una epidemia global, una pandemia.

Adiós, librito a medio escribir.

A cambio, decidí reorientar mis energías en adelantar cierto proyecto, en darle forma a una vaga idea que había programado para fin de año: un *podcast* noticioso diario. Se me había ocurrido que la campaña del 2021 necesitaría algo así. Pero lanzar un *podcast* ahora, en estas circunstancias, supondría imprimirle un tono radicalmente distinto al que había pensado —y al que estoy acostumbrado—. El *podcast* tendría como público principal a mi padre y a mis tías que, generacionalmente, son población de riesgo y a quienes no quería exponer a los noticieros peruanos, con su morbo habitual, su *soundtrack* de tambores de guerra

y su desprecio generalizado por el estereotipo de televidente promedio ama de casa de sector C/D con 2,5 hijos en edad escolar, a quien ellos creen dirigirse. Mi familia iba a necesitar información local, y me tocaba a mí brindársela.

Eso se juntó con otra idea que también andaba rumiando hacía unos meses: explorar las posibilidades de Telegram, un servicio de mensajería a lo WhatsApp, pero mucho más versátil. Por supuesto, comparado con Telegram, WhatsApp es un servicio hegemónico, el estándar incuestionable de mensajería telefónica, pero, por eso mismo, también se ha convertido en el reino de las *fake news*... ¿Podría utilizar Telegram para combatirlas? ¿Y si armaba un canal? ¿Y si creaba un *bot* periodístico con el que la gente pudiese interactuar? ¿Y si mandaba el *podcast* por allí?

Pronto descubrí que Telegram ofrecía ciertas ventajas técnicas a los audios que durasen menos de cinco minutos. Perfecto. El *podcast*, por tanto, tendría que consistir en tres bloques de cinco minutos, casi independientes entre sí, para que, al ser reenviados, cada uno pudiese tener vida propia.

Pero el *podcast* es un formato que todavía está en pañales en el Perú. Para llegar a la mayor cantidad de gente posible había que jugar en las grandes ligas: YouTube, Facebook, Instagram. Tendrían que verme. Tendría que colocarme ante una cámara. Tendría que ser un *podcast* visual. Y tendría que abandonar los elementos más sofisticados de Telegram: solo utilizaría las funciones de esta aplicación que también pudieran ser replicadas en WhatsApp. Porque sí, también iba a estar en WhatsApp: iba a combatir las *fake news* en su mismo terreno.

Todo este proceso mental me tomó unas 48 horas. El sábado y el domingo previos al inicio de la cuarentena en el Perú. El primer programa salió el lunes 16 de marzo, el primer día de confinamiento. Exactamente, un mes después de la foto de *Star Trek*.

Partía con ventaja. Iba a tener un público literalmente cautivo. No podía abusar de esa posición. Iba a ser parte de un momento íntimo para muchas familias: el desayuno. Así que esto tendría que ser lo más *mainstream* que había hecho en mi vida. Lo más apto para todos. Tendría que ser cálido, tranquilizador, familiar. Tendría que ser una constante en un mundo que se había puesto de cabeza. Por eso mismo, decidí que tendría que salir solo de lunes a viernes. Para que todos —el público y yo— conserváramos cierta sensación de normalidad aún. Los fines de semana tendrían que seguir existiendo, aunque la única diferencia fuese que en esos días no habría programa.

El *podcast* tendría que tener la opinión bien separada de la información. Entonces pensé: habrá que empezar por el bloque de opinión. Es una decisión marketera. A la gente le gusta ver (o escuchar) cómo te mojas, cómo te posicionas, cómo te la juegas. Está bien. Enganchemos con eso. Pero también engañemos un poquito al público: a veces no será opinión, solo será la explicación de un fenómeno. Explicar me gusta más que opinar. Reclamo mi derecho a no tener opinión, a veces.

En el segundo bloque tendría que venir la información, lo que se necesita escuchar en momentos tan inciertos. Aquí también opinaré un poquito, claro, pensé, porque toda información suficientemente interesante como para ser incluida en un bloque de cinco minutos es una información que, necesariamente, despierta algún tipo de reacción. Al final, me despediría con un conteo de cifras mundiales de la pandemia. El periodismo peruano es ombliguista, casi nunca abandona nuestras fronteras. Esta situación es ideal para salir de nuestra parcela. Y si, alguna vez, solo reseñara noticias peruanas, el conteo de cifras al final de este segmento sería un ancla, un recordatorio diario de que existe un mundo allá afuera y de que toda la humanidad está en esto.

El tercer bloque sería la mayor trampa. El conejo en el sombrero. Después de describir, en los segmentos previos, un escenario sombrío y angustiante, le amargaría el desayuno al público. No lo podía permitir. Entonces decidí que en este bloque haría algo que mi yo periodista veinteañero, un petulante insufrible, jamás intentaría: servir a la comunidad. Olvidate de luchar por la verdad, joder al poder, vivir la épica reporteril. Eso está bien, pero los medios también son un servicio público. Vamos a dar consejos para sobrellevar la cuarentena. Será fácil: los medios internacionales sí entienden este rol, publican bastante contenido en ese rubro, recurren a los mejores especialistas. Es solo cuestión de elegir el tema que le llevará algo de bienestar al público y listo: no solo contenido de calidad, sino también algo de alivio. Y para cerrar este pequeño concierto, una coda final: un abrazo.

Este libro no contiene en su totalidad los episodios de *La Encerrona* que se emitieron durante la cuarentena generalizada en el Perú. Sino que he elegido el bloque más representativo de cada jornada. A veces, es una explicación del primer bloque. Otras, una selección de las noticias del segundo. En ocasiones, los consejos, sobre todo los que mantengan su vigencia. Se han corregido y editado un poco las transcripciones por razones de legibilidad y comprensión, pero he tratado de que quede un registro honesto de lo que se vivió durante el confinamiento. Allí están las predicciones, las primicias, los aciertos y también los miedos infundados, las furias inconsecuentes o las ilusiones cándidas. El registro de un periodista tratando de reportar lo que está pasando a 10 mil kilómetros de su despacho.

Debido a la pandemia, en China —donde todo ha vuelto casi a la normalidad— han empezado a implementar teclados holográficos en el metro. Los hologramas sirven para evitar contactos riesgosos. Quizás esa sea la razón por la que los utilizan en el futuro en *Star Trek*. Quizás ese futuro utópico aún es posible. Quizás esta pandemia sea precisamente su origen. Quizás los días que se registran en este libro son el origen de ese final feliz.

Lunes 16 de marzo/día 1

Hola, soy Marco Sifuentes, bienvenidos a *La Encerrona*, tu mini-noticiero en cuarentena. Para los que no me conocen, soy un periodista peruano que vive en Madrid. Siempre me ha interesado la ciencia en general y en Twitter sigo muchas cuentas de noticias científicas. Hace un par de semanas empezó a molestarme algo. Varias de las cuentas científicas de Twitter que yo seguía se habían puesto en plan alarmista, escandaloso, exagerado. Hablaban del coronavirus como si no fuera una simple gripe, como si fuera algo para lo que no bastaba lavarse las manos, toser en el codo y ya. «Ufff», me dije a mí mismo, «los *nerds* siempre tienen este sesgo: creen saber más que el resto». Y seguí con mi vida normal, con precaución, pero también con un zumbido en la cabeza que me decía: «Oye, no. Esta gente sabe. Por algo los sigues».

Pero, ya saben, la primera fase del duelo es la negación. Eventualmente, me convencí de que tenían razón, y llevo ya unos cinco días en cuarentena autoimpuesta.

Ustedes, mis amigos peruanos, empiezan hoy su cuarentena. Las medidas que ha tomado el gobierno peruano son muy parecidas a las del gobierno español, casi diría que son su calco, lo que no está mal. De hecho, está muy bien. Pero la realidad peruana es distinta a la española. Aquí hay transporte público. Público de verdad. No colectivo, que es lo que hay en el Perú. «Público» en el sentido de que está administrado por el Estado, no por un montón de informales que salen a las calles a competir entre ellos. Yo no sé cómo va a hacer la gente que tiene que ir a trabajar. ¿Van a

seguir subiéndose a unas combis que no pasan por ningún control de... de nada? Finalmente, saltó el drama: el Estado debería tener el monopolio del transporte público, con excepción de los taxis —y los taxis deberían estar mejor regulados.

Ahora vamos a ir entendiendo las consecuencias del cuentazo que nos han vendido a todos los peruanos: que somos emprendedores y creativos, que es una forma de decir que la gran mayoría de peruanos no vive, sino sobrevive. No tiene ninguna seguridad laboral. Depende del día a día. Eso que nos han metido en la cabeza, que es lo que tiene que ser y que no hay otra alternativa, es mentira. La creatividad es desesperación. El emprendedurismo es supervivencia. El Perú necesita formalizar todo, a pesar de que piteen los empresarios.

¿Cuántas marcas conocen que estén portándose a la altura? ¿Ya han visto la cantidad de denuncias que hay a empresas que les dicen a sus trabajadores que vayan a chambear o que los están despidiendo de una vez para no tener que asumir el costo de seguir pagándoles? Dice mucho que los que primero salieron a ofrecer su trabajo fueran los de Armonía 10. Y también dice mucho que los pasajes hayan aumentado en un 160 % en el terminal de Yerbateros. Yo tengo una formación liberal, pero no tiene sentido que el Estado no regule asuntos básicos como el transporte y la seguridad laboral.

El sociólogo Arturo Ayala dijo en Twitter:

La cuarentena es una medida necesaria, pero es un privilegio. Millones de peruanos van a afrontarla preocupados por su sustento diario. En un país con 70 % de economía informal, no analizar este factor es ser irresponsable.

Unidos, solidarios y con calma venceremos. Y, sí, venceremos. Este mininoticiero en encerrona es un esfuerzo por acompañarlos

e informarlos en esta cuarentena. Ya volvemos con los titulares de hoy.

Martes 17 de marzo/día 2

Hola, soy Marco Sifuentes. Bienvenidos de vuelta a *La Encerrona*, tu mininoticiero en cuarentena. Estas son las noticias que son virales o que deberían serlo.

Gobierno no descarta implementar el toque de queda para evitar propagación de la COVID-19.

El ministro del Interior, Carlos Morán, indicó en RPP que la medida «implicaría fortalecer o endurecer las restricciones de acceso, reunión o de tránsito». Recordó que la cuarentena «es para evitar que se propague» la COVID-19 en el país, «un virus peligroso e invisible». «Quiero apelar a la conciencia ciudadana y a la responsabilidad, esto es una cosa muy seria».

«El paciente cero se recuperó y está “fuera de peligro”», informó la ministra de Salud, Elizabeth Hinostroza.

Se trata de un joven aviador comercial de 25 años que estuvo de vacaciones en Europa. Ojo, no fue durante su trabajo como piloto en un vuelo comercial, sino en sus vacaciones. No hubo necesidad de hospitalizarlo y cumplió en su domicilio el aislamiento recomendado.

Solo ocho de los 71 peruanos contagiados con coronavirus están hospitalizados. El sacerdote de 47 años infectado con SARS-CoV-2 está con «pronóstico reservado». Atención: tiene 47 años. No es una enfermedad que solo le dé a los viejitos, como dicen por allí.

Norky's y Roky's entregaron a los bomberos sus pollos excedentes. El CEO —tiene CEO— de la pastelería San Antonio también anunció que cerraban para no exponer a sus trabajadores y «pagaremos sus utilidades la siguiente semana y, por supuesto, su sueldo a fin de mes».

Muy bien todos ellos.

Ayer también, en una ceremonia privada pero con cero distancia social, juramentaron los congresistas del período 2020-2021.

El nuevo presidente del Congreso es Manuel Merino de Lama (de Acción Popular) y en su mesa directiva lo acompañan la gente de Acuña, la de Pepe Luna y la de Somos Perú.

Al cierre de este mininoticiero, el mundo contaba 184 310 casos de COVID-19, 7189 muertes y 80 056 recuperados en un total de 162 países.

Miércoles 18 de marzo/día 3

Bienvenidos de vuelta a *La Encerrona*, tu mininoticiero en cuarentena. Hoy, en «Consejos para la cuarentena»: luchando contra la desinformación.

La desinformación es otro virus, sobre todo para las personas mayores que tienden a pasar por WhatsApp todo tipo de cadenas. Eso lo hemos vivido todos. Ayer, en un grupo familiar, alguien mayor pasó que Unicef decía que había que hacer gárgaras con agua tibia y sal para matar el virus. Por favor, eso no hace nada. Y Unicef no tiene nada que ver con las disposiciones de salud.

De hecho, la Organización Mundial de la Salud, la OMS, que sí es el organismo de la ONU vinculado a la salud, ya dijo en la